

FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN

**UN GENERAL
PARA HITLER**

algaida



Primera edición: 2016

© Francisco Núñez Roldán, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-473-4

Depósito legal: SE. 13-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	33
Capítulo 3	63
Capítulo 4	89
Capítulo 5	113
Capítulo 6	135
Capítulo 7	161
Capítulo 8	177
Capítulo 9	205
Capítulo 10	233
Capítulo 11	259
Capítulo 12	285
Capítulo 13	313
Capítulo 14	331
Capítulo 15	367
Capítulo 16	401
Capítulo 17	429
Capítulo 18	449

*A Fátima Vigo, Juan Eslava,
Bartolomé Morón y Julio Manuel de la Rosa,
por sus anotaciones y consejos históricos,
literarios o de simple sentido común.*

LA CÁRCEL MODELO DE MADRID ESTÁ EN LUGAR VENTILADO, en la vertiente occidental de la ciudad, cerca de la vaguada donde el Manzanares separa la urbe de la recién construida Ciudad Universitaria y el parque del Oeste. La cárcel ocupa una extensión considerable. Algo así como cuatro grandes manzanas de casas, y su entrada, ampulosa, con una gran torre historicista de garitas, da a la plaza de Moncloa. Por la calle Romero Robledo tiene enfrente el colegio de los Sagrados Corazones, y en estos últimos días algunos chicos suben a la azotea del centro y desde allí saludan de lejos a los presos que pasean de vez en cuando por los patios. No los conocen, pero una mano distante que se mueve en honor de uno ya es motivo de alegría, de distracción para muchos de los improvisados internos que colman el centro penitenciario. Hay cuatro veces más de los que buenamente cabrían, y se sabe, por quienes los visitan, que están hacinados en las celdas, que la higiene es escasa y la angustia considerable, debido en parte a ese amontonamiento, más la incertidumbre que se cierne sobre su destino. Por ello agradecen los presos esas manos infantiles o juveniles que desde cualquier azotea

vecina lanzan un efluvio de vida, de unión con el mundo de afuera.

La cárcel tiene poco más de medio siglo y se construyó, como su nombre indica, pensándola en canon para futuras prisiones en cuanto a seguridad, salubridad, distribución y eficacia. Eso con su población reclusa al completo, sin desbordarse, como está ocurriendo desde finales de julio de este año de 1936.

Desde el lugar se otea la Casa de Campo, con sus suaves cerros cubiertos de pinares; más allá, lejos, las estribaciones de Gredos, en las que el sol al ponerse suele crear bellos cuadros; claro que eso solo se ve desde la poligonal torre panóptica que sobresale en el centro donde convergen las galerías, y que por ser más alta que estas otea el paisaje por poniente y la ciudad por el este.

La vista desde la planta superior de la torre es espléndida. Eso piensa en este momento Santiago Vélez, funcionario del cuerpo de prisiones, antes de que lo saque de su reflexión el aullido de la sirena en la soleada, calurosa tarde de hoy, 22 de agosto de 1936, un día tras el cual nada va a ser igual en la Cárcel Modelo ni en muchos lugares de Madrid y de toda España.

Santiago ignora que el presidio acabará en la línea del frente durante los dos años y medio que quedan de guerra, y que terminará tan dañado por las bombas que al final será más práctico demolerlo. Santiago solo sabe ahora que la sirena de la cárcel ha empezado a sonar casi a la vez que se ha visto salir humo de la segunda galería. También al mismo tiempo, o poco antes o poco después, ha escuchado varias detonaciones; disparos, sin duda.

—¡Coño, son tiros de fusil! —le comenta Juan Tirado, su compañero en la torre en ese instante.

—Pero ¿desde dónde? ¿A quién? ¿Aquí dentro? —dice Santiago, mirándole fijamente, como si Juan lo supiera.

Juan, la verdad, podría saberlo. Es funcionario de prisiones como Santiago, aunque pertenece a la CNT, cuyas milicias, capitaneadas por Felipe Sandoval, un preso común recién liberado, han llevado estos días varios registros en la prisión, por más que solo hayan encontrado alguna porra rudimentaria, vergajos de cuero y varias cucharas a las que se les habían afilado los bordes, cualquier objeto mínimamente punzante, hecho de algún trozo de hierro, y alguna cuerda que no se sabe de dónde ha salido. Nada de las armas de fuego de las que se habló y se buscaron con tanto ahínco cuando el comité miliciano impuso los registros a la dirección de la prisión, cuyo máximo responsable, Anastasio Martínez, se quejó ante la Dirección General de Prisiones. Esta se inhibió del tema asegurando que era mejor aceptar aquella «colaboración» que enfrentarse a los milicianos y dar una idea de opacidad en la única cárcel madrileña que el Gobierno controla por completo, un lugar donde se custodia a tantos presos políticos. Entre ellos hay personajes de fuste, desde diputados y exministros republicanos, como Manuel Rico Abello, Ramón Álvarez Valdés o Melquíades Álvarez, políticos conocidos como José María Albiñana, Fernando Primo de Rivera o Ramón Serrano Suñer, hasta militares como el general Capaz, héroe de Sidi Ifni, el general Fanjul y el coronel Agustín Muñoz Grandes, primer mando que tuvo la Guardia de Asalto, un cuerpo de orden público de fundación republicana y cuyos miembros, al menos en la capital, han permanecido mayoritariamente al lado del Gobierno de Frente Popular tras el levantamiento de los militares.

El funcionario de prisiones Santiago Vélez es menudo, más bien grueso, melifluo, cuellicorto, pálido, de movimientos

calmos y hablar pausado. Tiene cuarenta y dos años. Su aspecto orondo y tranquilo le ha dado algún disgusto estos días porque, no sabe por qué, algunas patrullas le han tomado varias veces por un cura. Uno de los milicianos llegó incluso a quitarle de un manotazo la gorra que suele llevar siempre, por si le quedaban restos de la tonsura, dijo. Esa vez tuvo hasta que invitar a sus captores a que lo acompañasen a la cárcel, para que supiesen de su verdadero oficio. Llegados allí y comprobada su filiación, tomó valor y les abroncó ante el retén de la puerta por dejarse llevar estúpidamente por las apariencias, que justo harían que alguien verdaderamente peligroso se les escapase, al examinarlo con la misma simpleza y atolondramiento que habían hecho con él, terminó diciendo.

Santiago es, o era, apolítico. Desde el 19 de julio se declara antifascista.

Juan Tirado es muy distinto. Moreno, alto, muy delgado, con digestiones lentas y frecuentes dolores de estómago. Tiene el cabello crespo, abundante, muy pelado siempre, los ojos negros y escudriñadores, las orejas separadas, quizá demasiado, y los labios gruesos. Treintón, militante cenetista desde joven, elegido varias veces portavoz del comité de funcionarios de la cárcel, está estudiando en sus ratos libres derecho, con vistas a ejercerlo cuando pueda, cuando acabe esta guerra, asegura, que sin duda va a ser breve. Le molesta, eso sí, dice, tener que estudiarse un monte de legislación burguesa que tras la guerra es evidente que mutará por otra mucho más avanzada y acorde con las necesidades y anhelos de las masas populares. Fuma muchísimo, bastante más que Santiago.

Los dos hombres llevan tres años juntos trabajando en la cárcel, y por afinidades inconscientes han llegado a ser bastante amigos, casi sin secretos, incluidas las confesiones de sus respectivas vidas conyugales, curiosamente muy similares

en cuanto a quejas y en posteriores consuelos clandestinos para compensarlas.

* * *

Carolina Bueno, según su madre, tenía de bueno nada más que el apellido. Y casi acierta, en opinión de unos, aunque no podía estar más equivocada, según otros. Del barrio de Usera, tiene buena planta y mejores proporciones. Blanca de piel pero muy morena de cabello, con alguna cana inoportuna que le ha empezado a aparecer. Como recuerda que tenía su abuela, no demasiado vieja aún. Carolina tiene justo veintiséis años, de los que lleva por lo menos diez sabiendo de la vida más de lo que le habría gustado. De hombres por lo menos. Ahora, en esta tarde tórrida del 22 de agosto, está charlando con Felipe, su más o menos novio. Andan conversando mientras fuman, medio incorporados ya en la cama, en la buhardilla de Carolina, en la calle de Herradores, entre la calle Mayor y la plaza de la Ópera, llamada de Fermín Galán desde la llegada al poder del Frente Popular, en febrero de este año.

El lugar es pequeño, barato, aireado y muy propio para acceder desde él al centro de Madrid. A Felipe le coge muy cerca de su cuartel, el de la Guardia de Asalto de la calle San Nicolás, uno de los nombres piadosos del callejero que no han mutado desde el triunfo en febrero del Frente Popular, por considerarse de tradición local.

* * *

Felipe Castro Pulido iba para seminarista, pero aquello dio un reventón y por el aire saltaron la sotana, las convicciones, la fe e incluso en un primer momento el afecto de sus pa-

dres en el pueblo, en Tomelloso, que no le perdonaron que dejase el seminario, con lo que les había costado que el chaval entrara por allí y, lo peor, que una rica señora del pueblo, doña María Lourdes, tan piadosa ella, le pagara los estudios a aquel muchacho que prometía tanto. A África, nada menos, se les marchó voluntario, al recién fundado tercio de extranjeros, también conocido por Legión Española, pese a lo que se contaba y sabía de allí, o quizá por eso. En África por poco le matan en su estreno, en el desembarco de Alhucemas, y en otras ocasiones y lugares que ni ha querido referirles a sus padres, por no hacerles sufrir, aunque ya esté lejos la probabilidad del disparo o el degüello del moro.

En África aprendió a conducir. Allí llevó de todo, coches, camiones, camionetas, y hasta aprendió a manejar las palancas y los pedales del tanque Renault F17, recién llegado allí. Ahora solo conduce las largas camionetas Hispano Suiza de la Guardia de Asalto. Pero sueña con tener coche algún día.

Felipe es moreno mediterráneo, ojos oscuros y piel tostada, aunque con algunos recuerdos del acné juvenil en el rostro. Tiene el cabello abundante y ondulado, peinado hacia atrás, como es la moda, y le cuesta poquísimo trabajo sonreír, cosa que él sabe es una de sus mejores bazas para ganarse a su interlocutor, sobre todo, interlocutora. Sabe que la sonrisa de sus blancos dientes es irresistible, y no quiere separarse de ella mientras pueda, lo que ha hecho que dicho gesto haya terminado siendo natural, y por ello percibido así por los demás, aumentando así su atractivo como aderezo de cualquier conversación. Felipe tiene de natural una constitución magnífica. Ello hizo pensar en su momento en que haría un muy apuesto sacerdote, luego le convirtió en gastador legionario, y por fin, en 1932, le permitió pasar sin problemas las pruebas físicas de acceso a la Guardia de Asalto, en la que en estos momentos tiene la graduación de

cabo. Dice que con el mando en los cinco guardias de su escuadra tiene más que bastante. Felipe se siente por supuesto republicano, y simpatiza con los ácratas, pero dice ser tan anarquista que ni anarquista es. En consecuencia, ni se ha afiliado al sindicato. Sabe que eso le impedirá ascender. Pero no le apetece subir más en el escalafón.

Ahora, entre el murmullo de la tarde que sube hasta la ventana abierta de la buhardilla, Felipe acaba de escuchar la lejana sirena que viene desde la Modelo. La conoce, por desgracia. En unos minutos sonará la alarma en el cuartel, si es que no la han dado ya, y mejor que se presente allí lo antes posible. Apaga el cigarro contra una loseta del suelo.

—¡Me cago en todo lo que se menea, Carolina! Eso va por mí.

Salta de la cama. Carolina admira un instante su cuerpo desnudo, los movimientos felinos, suaves, los hombros anchos, la cintura breve, las piernas fuertes, a la vez que pregunta:

—¿Pero qué, chico? ¿Qué?

—La puta sirena de la cárcel, coño, que hasta aquí tiene que llegar.

—¿Esa que se oye lejos? —se incorpora para oír mejor.

—Justo esa. Bueno, tenía que estar a las nueve en el cuartel. Más vale antes.

Se ha lavado mínimamente en la jofaina y se ha vestido en un instante. El uniforme de verano, de algodón gris. En lo que más tarda es en las polainas que ciñen las botas. El corraje, en un santiamén. Se ajusta la enfundada Star; la porra al otro lado. Se moja un poco el pelo, que en su densidad permite un semipeinado simplemente con las manos. La gorra, mirándose al espejo. Antirreglamentariamente un poco ladeada. Se gusta. Se sonríe.

—¡Ole los hombres, Felipe! —le dice Carolina—. Y a mí, que no me gustaban los uniformes...

—Es lo que tienes ahora, chica. Y todito tuyo.

—Bueno, bueno, eso se lo dirás a todas. —Hace Carolina un veloz gesto de abanico con la mano. Resbala la sábana y deja al aire sus bien formados pechos.

—Todas eres tú. Y lo sabes, chata.

—Bueno, bueno. Anda, a ver si nos vemos mañana.

—Deja recado en casa de la Frasquita.

—No cuides.

—O mejor aquí cerca, en Ciriaco. Un vermut a la noche. Mañana libro por la tarde.

—Tú mandas, mi general.

Se dan un beso jugoso. Otro chasquea, ya desde la puerta. Cierra suave, y los pasos se diluyen bajando veloces de dos en dos la vieja y empinada escalera.

* * *

El preso Agustín, el coronel Agustín, estaba tosiendo un poco y liándose otro cigarro en el momento en el que ha comenzado a sonar la sirena.

Lleva, como muchos allí, un mono gris, atado con una innecesaria cuerda a la estrecha cintura. Calza alpargatas que fueron blancas. Tiene el pelo negro peinado hacia atrás y apretado como un casco, los ojos negros, penetrantes, desconfiados, veloces; las cejas no llegan a juntarse, pero comprimen la piel del entrecejo como si buscaran unirse, y el rostro es más curtido y arrugado de lo que correspondería a sus años. Con su estructura delgada bajo la que habita una constitución y una resistencia de acero, sus grandes orejas y la boca alargada, fina, fácil para la gesticulación, se diría que es el perfecto ejemplar del campesino de Castilla si no se supiese que fue el primer y muy eficaz mando que tuvo la Guardia de Asalto en su funda-

ción, hace cuatro años, cuando aún era teniente coronel, por más que ahora esté provisionalmente confinado en la Cárcel Modelo, a la espera no se sabe si de juicio o de qué, junto a casi tres millares de otros presos de la más variada extracción e ideología, cogidos, capturados, entregados, llegados voluntariamente o por los más extraños conductos a este único depósito penitenciario aún en manos del Gobierno, y parece ser que por el momento el más seguro en cuanto a la integridad física de sus habitantes. Algunos hay que han llegado hasta por su cuenta; para mayor seguridad, pensaron en su momento.

Al aullido de la sirena, el coronel Agustín ha detenido unos segundos la operación de liar su cigarro y la ha reemprendido un poco más veloz, con la idea de que, pase lo que pase, ese pitillo ya no se lo va a quitar nadie, de que ese minúsculo consuelo es el único que tiene en este instante ante lo que pueda venir, si es que viene. A estas cosas tan mínimas se agarra a veces la vida, la felicidad, ha reflexionado. Inmediatamente después piensa en su mujer y en su hijo, tan pequeño, los dos en Sigüenza. ¿Cómo estarán? No ¿qué será de ellos si me ocurre algo?, sino ¿cómo estarán?, de donde deduce que no debe de andar teniendo mucho miedo. La verdad, miedo ha tenido algunas veces. Quién no, se dice. Pero ha sabido vencerlo, por ahora, concluye. En África. Aquello sí que era a veces verdaderas cantidades de miedo que había que tragarse, sobre todo para que no lo notara su harka de soldados indígenas. Miedo, lo último que se le podía transparentar en los gestos, en los ojos, en las palabras. Marruecos. Qué lejos. Qué cerca en el recuerdo. Qué vida más singular aquella.

Se pone despacio en pie. Hay movimiento en el patio. Algunos reclusos se apresuran en dirección a la galería. No se sabe para qué. Hay humo saliendo por encima del tejado. Probablemente desde el bloque del otro lado. El registro de los

milicianos parece que está teniendo complicaciones. Y tanto, acaban de sonar varias detonaciones. Disparos de fusil, se dice Agustín. Y de máuser, afina. De aquellos cogidos en el Cuartel de la Montaña, seguro.

* * *

Luis Pastrana siempre dudó si hacer ingeniería o filosofía y letras. Ambas cosas le atraían por igual. Por ahora está, estaba, en ingeniería, aunque no deja la literatura. Bien dotado para los números, a la vez es imaginativo en cuestiones técnicas y de maquinaria diversa. Pero el soldado de quintas Luis Pastrana no tiene tiempo ahora mismo de elegir profesión futura. Está en la Oviedo sitiada por milicias que superan en número y armamento a sus defensores, aunque no en organización y distribución táctica. Eso salva a la ciudad, por el momento, porque en lugar de quedarse en los cuarteles, como en Madrid o en Gijón, el coronel Aranda ha ideado una defensa de puntos avanzados, circundando Oviedo a cierta distancia de la población. Ha funcionado por el momento, pese al bombardeo indiscriminado al que está sometida la población.

El soldado Luis Pastrana, de veinte años —y sin novia ni cosa parecida aún, se lamenta—, es más bien rubio, bastante pálido de piel, nada feo, bien formado aunque poco o nada deportista, alto pero con apariencia de ser más menudo de lo que realmente es, por ir algo encorvado casi siempre, fruto ello de su timidez natural, de su poderoso mundo interior, de sus especulaciones filosóficas y sus debates internos, quizá producto de sus muchas lecturas. Algo también ha debido influir la rigurosa educación por parte de unos progenitores severos, coercitivos a veces hasta la obsesión, aunque en eso no ha caído aún el soldado.

Luis Pastrana es apreciado por el mando por su capacidad de raciocinio, por la sangre fría que ni él mismo sabía que poseía, y por su discreción. Hasta el punto de que el comandante Rubio le ha hecho su asistente, aunque más bien resulta una especie de ayudante de campo, obteniendo de Pastrana una inestimable ayuda en numerosas decisiones e ideas sobre la defensa del sector donde están, y atribuyéndose luego los éxitos y acciones positivas que se llevan a cabo, frecuentemente por consejo del soldado Pastrana.

El coronel Aranda, jefe de la defensa de Oviedo, no conoce al soldado Pastrana y es de los que también piensan que la eficacia en el sector del comandante Rubio se debe a este, casi en exclusiva. El soldado Pastrana, ignorante de los plagios de su comandante, está sencillamente satisfecho de la labor que se desarrolla en su zona, y quizá hasta no le importaría demasiado saber que él es en realidad el artífice de la eficaz defensa del sector sur de la ciudad, uno de los más expuestos. El soldado Pastrana es de esas personas, generosas por instinto, que poseen el bendito don de sentirse recompensadas con la obra bien hecha por el mero hecho de haberla realizado. Quizá ayude la poca vocación bélica del soldado, que piensa retomar sus estudios filosófico-técnicos en cuanto termine el conflicto, y no ve este sino como un periodo agitado pero transitorio de su vida donde, eso sí, tiene que poner todo el interés posible, como indudablemente está haciendo en este instante en la posición.

La posición, llamada la del Depósito de Aguas, la forma un grupo compacto de viejas casas de piedra en una loma, de esas con ventanucos estrechos que ahora convienen, y ante la cual se han excavado apresuradamente en zigzag algo que podría llamarse trincheras, defendidas por varios pozos de tirador, media docena de ametralladoras Hotchkiss y, entre unos

arbolillos cercanos, bien camuflados, un par de cañones Schneider de 70 mm. El depósito está detrás, desenfilado de los sitiadores, para fortuna de los sitiados. Tres compañías compuestas por soldados, guardias de asalto, guardiaciviles y voluntarios son toda la guarnición de la cuña. Enfrente tienen a unos mil enemigos, casi todos en posiciones a más baja cota. Ha habido varios intentos de asalto, por el momento infructuosos.

La casa fue granero un tiempo, quizá cuadra, y contra sus muros han rebotado estos días muchas balas. Dentro huele aún a heno, a humedad, a campo. Hay pulgas y cientos de moscas.

—¡A ver, Pastrana, coño, ven aquí, que te escaqueas más que los moros, siempre que puedes! —miente el comandante Rubio.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —Se levanta Pastrana de golpe en la habitación de al lado, cerrando veloz el libro que tenía en la mano. *Las odas de Horacio*, en edición bilingüe. Acude al cuarto de su jefe y se cuadra en la puerta.

El comandante Rubio, sin levantar los ojos de los planos sobre la mesa, hace un gesto con la mano para que su subordinado baje el brazo, cosa que hace, a la espera de que su jefe le dirija la palabra.

—¡A ver, ven para acá! ¿Qué es esto? —El comandante señala con la contera del lápiz una aglomeración de rayas en una de las hojas.

Luis Pastrana se queda mirando en silencio.

—¿Qué? ¿Ahora no sabemos ya leer planos, joder? —ríe Rubio.

—No, mi comandante —responde suavemente a los pocos segundos Pastrana—, es que esa masa arbórea que desde aquí se vería han debido de cortarla desde que se dibujó el plano. Está a poniente, delante de la torre donde tiene el observatorio el enemigo. Pero recuerde usted que la torre la vemos

perfectamente. El bosquecillo ha desaparecido. Puede usted olvidarse del dibujo y considerar que estamos en la misma cota, visible una desde la otra.

El comandante Rubio siempre toma la educación y delicadeza en el habla de Pastrana como una muestra de ironía que está muy lejos de ser. Pero a él le parece tal y suele ponerle, primero nervioso, y luego casi siempre le enfada.

—Olvidar, olvidar... Pero ¿cómo cojones me voy yo a poner a rehacer por mi cuenta el plano, muchacho?

—Con su permiso, mi comandante —sigue el tono suave—, ayer estuve yo cotejando las variantes reales del terreno sobre el plano. Algunas imagino que previas al conflicto. Otras supongo que provocadas por este... Si quiere se las indico.

—¡A qué coño esperas, hombre de Dios! ¿Para qué puñeta estás aquí?

Invulnerable a halagos o improperios, lo que enerva aún más a su comandante, el soldado Pastrana toma un lápiz rojo y en un instante hace varias equis pequeñas sobre el plano, una de ellas, preocupantemente cerca de la posición que ellos ocupan en este instante.

* * *

Ahora, sí. En el relativo silencio de la tarde, y sobre todo en la soledad, Carolina sí escucha a lo lejos la sirena de la Cárcel Modelo, un aullido metálico. Piensa en Felipe. Se levanta, se lava, se pone una bata fina y se acerca a la ventana de la buhardilla. Está a la altura de su cabeza, y ella no es baja. Solo se ve el cielo azul, veraniegamente azul de Madrid. Enciende un cigarrillo. Debe quitarse de fumar, piensa. Se le está poniendo demasiado ronca la voz, y no la tenía muy aguda de antes. Bueno. Total, para qué, de algo hay que morir, se dice. Y es justo al

pensar ese verbo cuando ha oído varios tiros en la calle, seguro que no lejos de su casa. Detonaciones secas, cortas, de pistola, quizá, ella no sabe, pero destinadas a matar, sin duda, a morir alguien. Estos hombres, con lo bonita que es la vida, qué locos. Vuelve a pensar en Felipe. Quizá hasta le quiere de verdad, se dice.

* * *

Las camionetas Hispano Suiza, con todas sus puertas laterales abiertas, están con los motores al ralentí en el patio del cuartel de San Nicolás. Los guardias se ajustan correaes, gorras, los fusiles al hombro. Ir y venir, carreras, voces, órdenes.

—¡Cabo Castro —grita el teniente Barneto—, tú a conducir la ocho!

Se cuadra un instante Felipe, casi sin dejar de andar.

—Yo no entraba hasta la tarde, mi teniente.

—¡Ni tarde ni leches, con tu escuadra, a la ocho, conmigo y con el cabo Lopera!

Los cabos Castro y Lopera se conocen desde hace un año, pero no se caen bien, no sabe Castro por qué. Es así, piensa. No todo hay que entenderlo. Hay cosas que son como son, sobre todo en que alguien te caiga bien o no, se dice Castro para ahorrar reflexiones. Los dos pelotones al mando de ambos cabos se colocan en los bancos corridos. Llevan todos fusil, no solo las porras o las pistolas. Son las órdenes. Casi todas las salidas, desde el alzamiento militar, son con fusil en ristre. Castro y Lopera se saludan fríamente. Cada uno habla a sus hombres. Tampoco hay mucho que decir. Todos imaginan dónde van, una vez oída la sirena de la Modelo.

El cabo Castro no tiene por qué ser el conductor de la camioneta ocho, pero al teniente Barneto le gusta la conduc-

ción de su subordinado y suele llevarlo siempre que puede en el mismo vehículo en el que va él. El cabo Castro es, aparte de un cumplidor y eficaz guardia de Asalto, un excelente conductor, por reflejos y pericia. Castro se ha acostumbrado a los largos y potentes vehículos, y los maneja como si de un pequeño automóvil se tratara. Por eso el teniente Barneto se siente más seguro con él y suele colocarlo al volante.

* * *

El coronel Agustín, junto a otros presos, muchos de ellos militares, se ha acercado nerviosamente al muro de la galería cuatro, en la parte de la sombra, apelotonándose todos en una amplia zona que forma ángulo muerto desde las azoteas de las casas que dominan el patio, en las calles Romero Robledo y Martín de los Heros. Es en las azoteas de esos edificios desde donde varios milicianos han abierto fuego indiscriminado de fusil sobre la cárcel, no se sabe aún por qué. En el centro del patio que da a la cuarta galería han caído varios hombres. La parda ropa carcelaria no permite distinguir categorías ni graduación. Dos de ellos ya no se mueven. Otro alza a veces, un poco, un brazo. Otro se arrastra hacia la sombra, hacia el grupo a cubierto. De todos ellos sale un hilo mayor o menor de sangre que brilla sobre las losas grises. Uno de los inmóviles tiene junto a la cabeza un charco que se agranda por momentos. Ningún preso sabe qué ocurre. Se perciben voces desde todos los sitios, entrecortadas por el ruido de la fusilería.

Hacía que no veía la sangre, tanta sangre, piensa el coronel Agustín. Desde África, recuerda. Allí sí que la sangre aparecía cuando menos se la esperaba. Y la suya entre otras. Nueve heridas de guerra. Nueve. Se dice pronto. Nueve cornadas de la vida. Tose un poco, escupe; estos pulmones..., da otra

chupada al cigarrillo, sin dejar de mirar al patio, a los compañeros, a todos sitios. Nunca ha sido muy hablador. En los momentos cruciales, menos. Y este es un momento serio. Alguien se queja, comenta algo a su lado, insulta o blasfema. El coronel Agustín, más pendiente del exterior, no contesta y mira a un lado y a otro.

* * *

—Con su permiso —discrepa el soldado Pastrana—, yo tiraría con la artillería sobre la torre. Desde allí nos controlan, nos dirigen sus tiros.

—¿Y descubrir el emplazamiento de nuestras únicas piezas, soldado? —dice el comandante Rubio. Los capitanes Bellido y Ferrer aún no han dicho nada.

—Con su permiso, mi comandante —insiste Pastrana—, creo que el enemigo conoce perfectamente la posición de nuestras piezas, lo que pasa es que carece de capacidad de fuego, o quizá de pericia para destruirlas a contrabatería. Por otro lado, estos son cañones de montaña, desmontables, fáciles de mover, sobre todo en cuanto caiga la noche. Lo de la torre me parece prioritario. Apuntar con luz, con tiro rasante. Tirar de noche y mover inmediatamente las piezas. Eso sí, sería necesario comunicárselo al coronel Aranda.

—¿Para qué, Pastrana? Tengo suficiente autonomía operativa en mi sector, ¿no?

—Con todos mis respetos, mi comandante. —El soldado se ha puesto derecho; resulta bastante más alto que el comandante—. La torre es un ejemplar único de románico, quizá con elementos ramirenses, creo recordar. Sería conveniente notificarle al coronel Aranda que se tome nota de ello a fin de que lo haga saber a los archivos locales, a Bellas Artes, a quien sea,

para que se recojan y se guarden todos los planos y dibujos que existan sobre ella, para proceder a su reconstrucción de la manera más fiel posible... , cuando todo esto se acabe, claro.

Los capitanes y el comandante se miran unos instantes en silencio. La reunión da poco más de sí y se da orden a las piezas de hacer fuego sobre la torre con ángulo casi cero, tras la caída del sol. Mientras el soldado Pastrana ha sido enviado a revisar el municionamiento de las ametralladoras, el comandante Rubio telefona al mando central.

—Sí, mi coronel, tenemos que destruirla, si podemos, claro, aunque creo recordar que es un ejemplar de románico, y me permito suplicarle que se haga acopio de toda la documentación sobre ella, a fin de proceder a su reconstrucción cuando termine el conflicto... Sí, mi coronel... Sí, bueno..., un poco, mi coronel... Uno, que también tiene su sensibilidad, entre el humo del combate... El arte ha sido siempre una de mis aficiones secretas... A sus órdenes, mi coronel, claro que le informaré de inmediato, mi coronel.

* * *

Carolina ha bajado a la calle. Hay en el exterior una conmoción inusual. Mucha agente agitada. Varios coches con gallardetes rojos o rojinegros pasan a toda velocidad por la calle Mayor, camino del puente de Segovia. Grupos de hombres, algunos de ellos armados, con pañuelos al cuello, con gorros milicianos, van también en la misma dirección de los vehículos. Uno de ellos se ha subido a la acera, ha atropellado a un peatón y se ha empotrado luego contra la pared. Hay humo, heridos, gritos. Algunos, pocos, se detienen ante el accidente.

—¡Ni uno va a salir vivo! —grita un miliciano con fusil a su compañero.

—¿Vivo de dónde? —pregunta Carolina, que estaba al lado.

—De la Modelo, compañera. Los presos fascistas, que se han amotinado, que se quieren escapar, vamos.

La pareja de milicianos sigue su marcha apresurada. Un camarero menudo, viejo ya, chupado de cara, pelo teñido, patillado, asoma a la puerta de casa Ciriaco, junto a Carolina. Habla sin mirarla.

—¡Qué valientes con los presos, coño! ¡A Somosierra o a Badajoz debían irse todos, al frente, a parar a los fascistas en campo abierto! ¡No te jode...! —Y alza despectivamente la cabeza al sonido de la última palabra, que suena como un escupitajo.

—¿Qué pasa? —se le encara Carolina—. ¿Que no hay que hacer labor en la retaguardia, compañero?

—Pues claro, guapísima —la mira sonriente el camarero—, pero con los de Asalto, la policía y unos pocos milicianos se controlaba Madrid. Pero en eso de ir al frente remolonean todos. Algunos hasta se vuelven en los camiones a la tarde. No te digo yo...

Y el hombre, sin dejar la sonrisa agria, se vuelve hacia el bar sin pararse a escuchar lo que pueda responderle Carolina.

* * *

El jefe del grupo de milicianos, Felipe Sandoval, está intentando controlar a sus hombres a la vez que al grupo de presos comunes. No sabe a quién atender mejor, pero está dando órdenes a todos.

—¡Alto el fuego! ¡Joder, coño, hostias! ¡Alto el fuego! —Sandoval blande su pistola ametralladora por encima de las cabezas de los suyos, y a veces apunta hacia el alborotador grupo de los comunes. Grita asomándose al pasillo, pero su voz

apenas se escucha entre los gritos, los disparos esporádicos y el aullido de la sirena, que continúa. Sandoval gesticula hacia el elevado cuerpo central de la prisión, hacia los ventanales desde donde los funcionarios Santiago Vélez y Juan Tirado contemplan asombrados lo que ocurre, sin saber qué hacer. Sandoval piensa que allí está el mando de la sirena y pide con gestos que se silencie. Tirado lo comprende, pero también con gestos contesta que no puede; la sirena se ha debido pulsar desde la dirección, y ese botón tiene preferencia sobre los otros repartidos por el gran recinto carcelario. Mientras, encañonados por varios milicianos, los comunes de esa galería han acabado por arrinconarse en un extremo. Desde las casas exteriores no se escuchan más disparos, seguramente por falta de blancos visibles, con todos los presos del patio fuera ya de la enfilada, salvo los heridos y muertos, que ya suman una veintena.

En el exterior de la cárcel se está arremolinando una masa variopinta, voceadora, nerviosísima. Hay desde milicianos armados y sin armar a familiares de los presos, comunes y políticos, pasando por simples espectadores, aunque los gritos que dominan son los que piden castigo y justicia contra los fascistas detenidos, que dicen que se han amotinado. Es, de todos, el rumor que más cuadra en ese momento, el que más complace a muchos, el más comprensible para otros, el que más temen no pocos de los que no se atreven a protestar allí.

Para aumentar el caos aparecen varias camionetas de la Guardia de Asalto, a toda velocidad y haciendo sonar sus sirenas. De milagro no atropellan a alguien al entrar por los portones recién abiertos de la cárcel. Parte de la masa se abalanza luego hacia la puerta, pero asaltos y milicianos forman una barrera, con los fusiles a la altura del pecho, y algún culatazo se escapa hacia los más decididos de entre la multitud. Hay gritos, rugos, órdenes, blasfemias, insultos.

Llegan más camionetas de Asalto que en lugar de entrar se colocan ahora delante de la puerta, formando una sólida barrera. Se hace retroceder más a la multitud porque varios automóviles también con sirena, escoltados por dos camionetas del ejército, han llegado hasta casi la entrada, donde se acumulan los vehículos. De uno de los autos, tras saltar de ellos dos ágiles escoltas con subfusiles, baja el general Pozas, antiguo director de la Guardia Civil y actual ministro de la Gobernación del Frente Popular. Se le marcan más que nunca las amplias ojeras, y su gesto de preocupación es evidente. De otro coche bajan varios hombres vestidos de civil. Uno de ellos es el mismísimo Indalecio Prieto, con aire algo más congestionado de lo que su obesa naturaleza suele prodigar. Su escolta, la famosa «Motorizada», llega con él y se mezcla con los de Asalto para proteger lo que se tercie en esos confusos instantes.

A la noche ya se ha sofocado el incendio. Había sido en la tahona de la segunda galería, con la leña para los hornos. Distintas versiones sobre su origen. Pero ha habido casi una veintena de muertos por disparos de fusil. Guardias de Asalto y milicianos se han hecho por fin con la cárcel, aunque bastantes presos comunes han escapado al entrar y salir grupos de las milicias, por posibles contactos con algunos de ellos. De hecho, entre los milicianos cenetistas de Sandoval había no pocos exreclusos comunes también liberados días antes, en otra entrada de CNT-FAI en el recinto. Aquella vez un grupo consiguió arrancarle a la Dirección de Prisiones la libertad a cambio del compromiso de servir al Gobierno del Frente Popular con las armas. Aprovecharon aquella expeditiva redención; varios de los que ahora han entrado han mutado de vigilados en vigilantes. Donde ha habido pocas escapatorias, salvo los muertos, es en los políticos. La acusación del motín provocado por estos ha pesado tanto en los milicianos que ha costado muchísimo a

los representantes del Gobierno frenar los deseos de un fusilamiento masivo de dichos presos. Uno de los que se salvó nada más entrar la guardia de Asalto fue el coronel Agustín. Castro y su escuadra lo rodearon y al grito de este es nuestro lo protegieron y escondieron hasta que se ha vuelto a la relativa normalidad. Castro, sintiéndose ahora con los suyos la harka mora del entonces teniente Agustín cuando este lo rescató de las manos enemigas en Alhucemas, hace once años.

No se ha podido evitar, sin embargo, que más tarde, en el interior de la cárcel, completamente en manos de las milicias, y una vez retirada la fuerza pública por petición gubernativa, se hayan constituido espontáneamente varios tribunales populares que de manera sumaria juzgan y matan por la noche a una treintena más de presos. Los fusilamientos son en los sótanos y patios. Entre ellos están Melquíades Álvarez y Rico Avello, y los políticos Miguel Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda, con otras personalidades. Sus cadáveres han sido luego llevados al exterior y abandonados junto a las tapias del cementerio del Este.

Los propósitos de continuar los juicios y fusilamientos casi colectivos se han detenido tras largos debates con representantes gubernativos al día siguiente en la misma cárcel, y que han durado hasta la mañana del 23. En dichas conversaciones, alarmado sobremanera por ejecuciones en una prisión estatal, y a la vez presionado por los partidos y sindicatos frente-populistas que han quedado controlando la Cárcel Modelo, el Gobierno «... crea por decreto el Tribunal Especial de Madrid, vista la gravedad de los hechos y en prevención de que vuelvan a suceder disturbios similares, así como para aplicar de forma urgente las penas a las que fueren merecedores los presos. Se decide así acortar el vacío legal y penitenciario en el que estos se encuentran. Dicho tribunal y todos los que en su mismo mo-

delo fuere necesario crear estarán presididos por magistrados miembros de la judicatura, pero con la participación, a modo de jurados, de representantes de los partidos y organizaciones que integran el Frente Popular».

La orden acaba de salir en la *Gaceta de la República* del 24 de agosto. El magistrado Mariano Gómez, presidente del Tribunal Supremo, presidirá la primera sesión, en la misma cárcel, el día 25, siguiente a la publicación de la disposición gubernativa. Aunque ignora lo que tardarán, el coronel Agustín sabe que su suerte va a decidirse en dicho Tribunal Especial, por más que, en las terribles horas anteriores, la intervención de sus antiguos subordinados de Asalto haya sido crucial para poner momentáneamente a salvo a su persona.

La palabra «especial» es lo que le preocupa. A él y a todos los presos políticos que han sobrevivido a las jornadas del 22 y el 23.